

La juventud latinoamericana en los procesos de globalización

Opción por los jóvenes

PETER HÜNERMANN
MARGIT ECKHOLT

E d i t o r e s

Autores

Ernesto Rodríguez, Daniel García Delgado, Alejandro Goic, Hugo Strahsburger, Walter Groß, Aldo Calcagni, Eugenio Rubiolo, Santiago Gastaldi, María Ángela Cánepa, Gerardo Gómez Morales, Edwin Claros, Laura Barrenechea, Sergio Balardini, Margit Eckholt, Cecilia Monteagudo, Gerhard Kruip, Jesús Andrés Vela, René Bendit, Heinz Neuser





Eudeba

Universidad de Buenos Aires

FLACSO

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

1ª edición: junio de 1998

© 1998

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033)

Tel: 383-8025

Fax: 383-2202

Diseño de tapa: *María Laura Piaggio* - Eudeba

Imagen de tapa: Carlos Mérida, *Detalles de sacerdotes danzantes mayas*, mural

Corrección y composición general: Eudeba

Impreso en Septiembre de 1998 en Editorial Universitaria de La Plata

ISBN 950-23-0756-9

Impreso en Argentina.

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

305.23
J388
g.2

Agradecemos especialmente la ayuda prestada por la Acción Episcopal Alemana ADVENIAT, a la Conferencia Episcopal Boliviana, al Sr. Rector de la UCA Boliviana en Cochabamba Dr. Luis Antonio Boza, a la GTZ de Alemania, que hicieron posible la realización de este VII Seminario Internacional Interdisciplinar.

También deseamos expresar nuestro agradecimiento por su valioso trabajo de preparación del VI Seminario Interdisciplinar a las siguientes personas:

Prof. Dr. Ivan Tavel Torres, presidente
Prof. Dr. Edwin Claros, secretario general
Consejo del ICALA en Cochabamba

Dra. Margit Eckholt
Asistente Académica del ICALA en Alemania

Sra. María Below
Coordinadora del ICALA en Alemania

Lic. Miriam Cuellar de Tavel, Universidad Católica Boliviana
Dr. René Bendit, Jugend Institut München, Alemania

Otros colaboradores:

Antonio Mena, Quito/Ecuador, apoyo técnico
Pablo Fernando Argárate, Córdoba/Argentina, traducciones
Elana Llosa de Pérez, Lima/Perú, apoyo técnico
Susanne Dietrich, Alemania, apoyo técnico
Esteban Santori, correcciones

El valioso apoyo técnico de
Alfonso Alarcón, Ana Barriga, Pamela Alarcón, Carla Caballo

Secretaría de redacción de la presente publicación

Virginia Argárate/María Below

ÍNDICE

Prólogo	9
<i>Margit Eckholt y Peter Hünemann</i>	

PRIMERA PARTE **Introducción sociológica y pastoral**

Los jóvenes latinoamericanos: heterogeneidades y diversidades en materia de riesgos, oportunidades y desafíos en la antesala de un nuevo milenio	19
<i>Ernesto Rodríguez</i>	
Jóvenes en las estructuras: cultura, educación, familia y política	51
<i>Daniel García Delgado</i>	
Opción por los jóvenes: las visiones de Medellín y Puebla. Visiones de la Iglesia hoy	77
<i>Alejandro Goic</i>	
Jóvenes en y fuera de la Iglesia	97
<i>Hugo Strahsburger</i>	

SEGUNDA PARTE **Marco teológico, filosófico y psicológico**

Convertir el corazón de padres a hijos y el corazón de hijos a padres. El marco bíblico-teológico	127
<i>Walter Groß</i>	
Juventud como factor de interrupción e innovación	139
<i>Aldo Calcagni</i>	

TERCERA PARTE

Estructuras que influyen en las realidades de los jóvenes

Juventud: perfiles psicológicos de los nuevos actores sociales. Un enfoque psicosocial	153
<i>Eugenio C. J. Rubiolo</i>	
Desempleo, juventud y educación. El caso de la Argentina	175
<i>Santiago Gastaldi, Susana Ríos, Fernanda Cravero y Celia Vitelli</i>	
Matices en los grupos juveniles populares. Acerca de los correlatos afectivos de sus valores y motivaciones	207
<i>María Ángela Cánepa y Rosa Ruíz Secada</i>	
El joven en el torbellino del tiempo: los medios masivos y la seducción de lo virtual	223
<i>Gerardo Gómez Morales</i>	
Jóvenes campesinos del Valle Alto de Cochabamba: diagnóstico de frustraciones y esperanzas	237
<i>Edwin Claros</i>	
Problemática de las drogas en la juventud peruana	245
<i>Laura Barrenechea</i>	
El uso indebido de sustancias psicoactivas y los jóvenes en la sociedad de fin del milenio	261
<i>Sergio Balardini</i>	

CUARTA PARTE

Perspectivas ético-pastorales y políticas

El Ethos vivido por la juventud y la reflexión ética	275
<i>Gerhard Kruip</i>	
La Iglesia latinoamericana y la Pastoral Juvenil	297
<i>Jesús Andrés Vela</i>	
Juventud y políticas de juventud entre la sociedad civil y el Estado: la problemática de las estructuras adecuadas	323
<i>René Bendit</i>	
La significación de la problemática juvenil en el contexto sociocultural latinoamericano. Desafíos para las sociedades y la cooperación para el desarrollo	355
<i>Heinz Neuser</i>	
VII Seminario Interdisciplinario del Intercambio Cultural Alemán-Latinoamericano	375
<i>Cecilia Monteagudo y Margit Eckholt</i>	

PRIMERA PARTE

Introducción sociológica y pastoral

LOS JÓVENES LATINOAMERICANOS: HETEROGENEIDADES Y DIVERSIDADES EN MATERIA DE RIESGOS, OPORTUNIDADES Y DESAFÍOS EN LA ANTESALA DE UN NUEVO MILENIO

Ernesto Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Resulta difícil para quien como yo trabaja desde un ángulo estrictamente técnico, dirigirse a un auditorio tan particular como el que ustedes componen en el marco de este importante encuentro, pero a la vez constituye para mí un gran desafío. Por ello, quisiera comenzar agradeciendo profundamente la invitación que me han cursado, para compartir con ustedes algunas reflexiones sobre estos temas tan relevantes, y decirles que espero estar a la altura de sus expectativas y necesidades.

Quisiera acercarles algunas impresiones que a lo largo de los últimos tiempos he podido recoger en el trabajo mancomunado con organizaciones y movimientos juveniles, con instituciones públicas y privadas de promoción juvenil y con académicos especializados en este tipo de temáticas, a lo largo y ancho del continente, centrándome en mis experiencias de trabajo profesional pero sin eludir mis compromisos políticos y sociales concretos, con la causa de nuestros pueblos (y de nuestros jóvenes) y en una gran sintonía con todos ustedes.

No resulta sencillo –por cierto– describir esquemáticamente la diversidad de situaciones en las que hoy en día viven los jóvenes latinoamericanos en este fin de siglo, y las perspectivas que se abren con el comienzo de un nuevo milenio, no solamente por la escasez de tiempo disponible, sino fundamentalmente porque resulta muy peligroso simplificar los análisis referidos a una realidad muy vasta y heterogénea

como la que hoy nos convoca, cargada además con las incertidumbres evidentes en materia de rumbos futuros. Disculpen, entonces, si por este inevitable y necesario esfuerzo de simplificación, mis palabras no logran reflejar adecuadamente las múltiples y ricas particularidades de nuestros países y de nuestros jóvenes, ni visualizar claramente las perspectivas futuras.

Vivimos, sin duda, una situación muy paradójica. Por un lado, porque aunque los indicadores económicos de estos últimos años parecen sugerir que lo peor de la crisis ha pasado: nuestros países enfrentan un cuadro patético de pobreza, inestabilidad política y desorden generalizado, al tiempo que desde algunas perspectivas particulares, se insiste en querer demostrar –con fundamentos serios y evidencias elocuentes en algunos casos– que el futuro de América Latina es muy promisorio, y que la prosperidad económica y social está al alcance de nuestras manos.

Por ello, lejos de pretender brindarles algunas “explicaciones” simplistas y algunas “recetas” para encarar alternativas específicas en el futuro inmediato, me gustaría mostrar las complejidades de la realidad actual, y la dimensión de los desafíos que tenemos por delante, como una invitación a dialogar conjuntamente sobre las posibilidades que se abren en el futuro y los posibles roles de los jóvenes al respecto. Lo que nos interesa en definitiva, es ayudarlos a superar los lugares comunes, y entusiasmarlos aún más en esta búsqueda incansable de una comprensión más plena y efectiva del mundo en el que vivimos.

LOS JÓVENES Y LA CRISIS

Para empezar, habría que decir que no es fácil ser joven, en esta particular etapa histórica en la que estamos, en América Latina.

Para las generaciones jóvenes anteriores, la modernización de los años cincuenta y sesenta significó nuevas e importantes oportunidades, y aunque nada fue color de rosa en ese entonces –ni mucho menos– contingentes muy importantes de jóvenes pudieron ascender socialmente respecto a las generaciones de sus padres, accediendo crecientemente a los beneficios de la educación en un continente que se urbanizó y mejoró sus servicios sociales y culturales en una buena medida.

Durante los años setenta aquella modernización perdió sus principales bases de sustentación, y el modelo de desarrollo vigente hizo crisis definitivamente durante la “década perdida” de los ochenta. En un marco de estancamiento productivo generalizado y aplicación también generalizada de programas de ajuste económico necesarios pero absolutamente impopulares, a los jóvenes les tocó

una de las peores partes: enfrentar los recortes presupuestarios en el marco de sociedades cristalizadas, manejadas hegemónicamente por adultos que no se mostraron muy dispuestos a distribuir equitativamente los costos de la crisis y el ajuste estructural.

Así, el desempleo y la marginación comenzaron a ser un marco cotidiano de referencia para la mayor parte de los jóvenes del continente, especialmente para aquellos que habitaban en la periferia de nuestras ciudades y en las localidades más pequeñas y alejadas de los centros dinámicos de nuestras economías. La situación se tornó particularmente grave para las mujeres jóvenes, afectadas por una doble exclusión (etérea y de género), y mucho más grave aún para aquellas que no habían podido obtener niveles educativos básicos (al menos) viviendo en condiciones de extrema pobreza.

Junto a la incorporación diferida de los jóvenes al mercado de trabajo, se difiere también la constitución de pareja, ante una ausencia generalizada de futuro y unas dificultades enormes para poder acceder al usufructo de bienes y servicios esenciales para una vida digna (salud, vivienda, etc.), como resultado directo de la no disponibilidad de ingresos propios. Con ello, la dependencia familiar se prolongó para casi todos mucho más allá de lo deseable, y por si ello fuera poco, se generalizó en la crisis el deterioro de la calidad de la educación que se venía procesando con anterioridad, en el marco de la masificación y diferenciación interna de nuestros sistemas educativos.

Del mismo modo, hasta la propia participación de los jóvenes fue puesta en "moratoria", al igual que la de casi todos los sectores poblacionales, dado que los programas de ajuste puestos en práctica se desarrollaron con un alto nivel de centralización y una inusual concentración de decisiones en la cúpula tecnocrática e internacionalizada de los equipos económicos de turno.

Ante este patético cuadro de situación, muchos jóvenes han pasado a refugiarse en diversas formas de excepticismo y conductas anómicas, mientras que otros han caído en agudos cuadros narcisistas o han pasado al plano de la más franca rebeldía.

Hoy los jóvenes se encuentran masivamente en conciertos de rock, llenan Iglesias fundamentalistas, participan de movimientos terroristas sin futuro, conviven cotidianamente con toda clase de violencias (como víctimas y como victimarios), se desentienden de las instancias de participación tradicionales, le dan la espalda a regímenes democráticos que han tenido que enfrentar toda clase de desafíos, sin estar debidamente preparados para ello, y no se sienten representados prácticamente por nadie.

UNA EXCLUSIÓN ACEPTADA

Lo dicho: no resulta fácil ser joven en América Latina en esta particular etapa histórica en la que nos encontramos. Sumado a ello, todo parece indicar que lo más grave no es la propia exclusión juvenil. Mucho más grave aún, es la aceptación social de dicha exclusión, generalizada en casi todo el continente, en mayor o menor medida (Rodríguez y Dabezies, 1991).

Nuestros países están atravesados por innumerables problemas, pero sobre casi todos ellos se debate apasionadamente y se intentan respuestas alternativas, independientemente de la validez y eficacia de las mismas. Respecto a la exclusión juvenil, en cambio, nada se dice. No es un problema social que genere cuestionamientos al orden establecido, o que produzca preocupación o temor en las clases dirigentes.

No hace falta aburrir con evidencias que demuestren lo que estamos diciendo. Baste recordar que los programas de gobierno siguen teniendo referencias muy vagas y genéricas a la temática juvenil, en casi todos nuestros países, independientemente del signo político predominante en cada caso particular. Sumado a ello, los miembros de las clases dirigentes (empresarios, dirigentes políticos, etc.) siguen teniendo un discurso tradicional en estas materias: "los jóvenes son el futuro", se sigue diciendo, al tiempo que no se hace casi nada por mejorar el presente de dichos jóvenes, y por lo tanto, tampoco se hace nada sustancialmente relevante por ese futuro.

Por si fuera poco, los propios jóvenes organizados, no se comportan como un verdadero grupo de presión representante de las nuevas generaciones, sino que tienen un perfil mucho más centrado en los grandes problemas de la humanidad (sean cuales fueren los prioritarios en cada caso particular). Como se dijo muy acertadamente en alguna oportunidad, los jóvenes parecen guiarse por las "dimensiones simbólicas" de su existencia, y no tanto por las "dimensiones materiales" de la misma, del modo en que lo hacen los trabajadores sindicalizados o los movimientos feministas, por ejemplo, con claros signos corporativos.

En sociedades donde el sistema político y la estructura económica se rigen fuertemente por la lógica de las presiones corporativas, los jóvenes se manejan con lógicas idealistas, y por lo tanto no son tenidos en cuenta. No existen. O lo que es mucho peor, son utilizados por los adultos para todos aquellos fines en que son necesarios desde la lógica del mundo adulto, desde pelear en las guerras que los adultos declaran, hasta entretenerlos a través de prácticas deportivas o expresiones culturales vacías de contenidos compartibles, desde una perspectiva humanista.

LA PRECARIA INCORPORACIÓN LABORAL DE LOS JÓVENES

Sin dudas, la evidencia más elocuente y más preocupante de esta exclusión, es la vinculada con las elevadas tasas de desempleo y subempleo juvenil. Las últimas cifras disponibles, muestran que en la mayor parte de los países de la región, el desempleo juvenil duplica el desempleo global y triplica –al menos– el desempleo adulto, siendo en algunos países hasta cinco veces más elevado que entre los mayores de 45 años. Visto desde otro ángulo, los jóvenes constituyen alrededor del 50% del total de desempleados en todos los países seleccionados, llegando a constituir más del 75% en el caso de las mujeres jóvenes mexicanas y más del 70% entre las paraguayas. En el caso de los varones jóvenes uruguayos y mexicanos, por su parte, las cifras superan el 60% (Rodríguez, 1994).

Las encuestas de hogares que se realizan periódicamente en casi todas las grandes ciudades del continente, demuestran que estos problemas son todavía más agudos entre los jóvenes pertenecientes a hogares de escasos recursos, en los que se reproducen situaciones sumamente precarias de exclusión temprana del sistema educativo y precaria o nula incorporación al mercado de trabajo. Esto es aún más evidente, en el caso de los hogares extendidos y con jefatura femenina, que han ido creciendo en casi todos los países de la región en los últimos años (CEPAL, 1995).

Algunos de los grupos juveniles en particular, están expuestos a mayores riesgos en estas materias. Así, un primer gran grupo está integrado por aquellos adolescentes y jóvenes que trabajan y que no pueden continuar estudiando, que constituyen alrededor de dos tercios de los que han logrado emplearse. La mayor parte trabaja para aportar ingresos a su hogar, pero esto les impide poder prepararse más y mejor, para aspirar a tener mayores ingresos en el futuro.

En segundo lugar, están aquellos que ni estudian ni trabajan, que aunque han disminuido numéricamente desde comienzos de los noventa, siguen representando –en el caso de los varones no autónomos de 15 a 24 años– entre el 12 y el 40 por ciento en los hogares más pobres y entre el 2 y el 10 por ciento en los hogares de más elevados recursos, según los países. La situación de los adolescentes de 13 a 17 años, también resulta grave, especialmente entre los más pobres donde afecta hasta la cuarta parte de los mismos.

Evolución del desempleo juvenil en América Latina 1990-1994

Países	1990	1991	1992	1993	1994
Argentina	7,3	5,8	6,7	10,1	12,1
15-19	21,7	16,3	16,4	26,8	32,3
20-24	15,2	12,3	13,0	-	-
Brasil	7,4	7,9	9,2	8,6	9,3
15-17	18,8	19,9	25,4	26,0	27,7
18-24	10,7	11,4	13,5	12,5	14,1
Costa Rica	4,6	5,5	4,1	4,1	4,2
12-24	8,5	11,0	4,1	8,4	8,2
Chile	5,7	5,3	4,4	4,5	5,9
15-24	13,1	14,9	10,9	11,3	14,2
Ecuador	6,1	8,5	8,9	8,3	7,1
15-24	13,5	18,5	17,3	15,7	14,9
El Salvador	9,9	7,5	8,7	9,9	7,7
15-24	18,6	14,6	14,3	14,4	13,3
Honduras	4,2	4,4	3,1	4,7	2,8
12-24	6,3	6,9	4,1	7,6	4,5
México	2,7	2,7	2,8	3,4	3,7
15-24	7,0	5,0	-	6,1	6,7
Panamá	16,3	16,1	14,7	13,3	13,8
15-24	31,4	30,9	29,5	26,8	27,7
Paraguay	6,6	5,1	5,3	5,1	4,4
15-19	18,4	9,0	14,1	9,8	12,3
20-24	14,1	9,5	7,3	8,8	5,5
Perú	8,5	5,8	9,4	9,9	8,8
14-24	15,4	11,2	15,8	16,1	13,7
Uruguay	9,3	8,9	9,0	8,4	9,1
14-24	26,6	25,0	24,4	23,3	23,5
Venezuela	9,9	8,7	7,0	6,3	8,4
15-24	18,0	15,8	13,4	13,0	15,9

Fuente: OIT, Panorama Laboral 1995, Lima.

Nota: La primera fila de cada país, corresponde al desempleo total de las principales ciudades de cada uno de ellos.

En tercer lugar, están los jóvenes que ya no asisten a la enseñanza y tienen menos de diez años de educación acumulados, que es el nivel aceptado como necesario para acceder a puestos de trabajo urbanos con productividades y retribuciones asociadas a niveles aceptables de bienestar. Aunque éstos también han disminuido en los últimos años en casi todos los países de la región, siguen representando entre el 20 y el 54 por ciento del total. La situación es aún más grave entre aquellos que pertenecen al cuartil de más bajos ingresos, donde las cifras correspondientes van desde el 38 hasta el 82 por ciento, mientras que en el cuartil más alto las cifras fluctúan –en una banda más acotada– entre el 8 y el 26 por ciento.

HETEROGENEIDAD Y DIVERSIDAD DE SITUACIONES

Pero el problema es más complejo todavía si lo miramos desde el ángulo de la heterogeneidad de situaciones existentes, desde el punto de vista de las principales limitaciones que los jóvenes enfrentan para poder insertarse adecuadamente en el mercado de trabajo. La reflexión en estas materias ha ido evolucionando a lo largo del tiempo, y hoy por hoy es notoriamente más precisa la interpretación dominante.

Durante décadas, se supuso que el problema de fondo era la falta de dinamismo económico, que no generaba crecimiento en el mercado de trabajo. Desde esta óptica, el crecimiento económico dinamizaría automáticamente el mercado de trabajo, y en dicho contexto todos los grupos poblacionales se beneficiarían. La experiencia de los últimos veinte años, al menos, demostró que aún en épocas de prosperidad económica y de descenso del desempleo global, el desempleo juvenil no disminuía (al menos en la misma medida) y que incluso crecía en términos relativos.

Más adelante, se comenzó a consensuar el enfoque que sostenía que la única especificidad del desempleo juvenil, era la falta de experiencia de los jóvenes al competir con adultos experimentados por diferentes puestos de trabajo. Sin embargo, también en este sentido la realidad mostró aciertos y limitaciones, dado que el enfoque resultaba válido sólo en el caso de algunos grupos juveniles específicos, especialmente los “integrados”, urbanizados y con elevados niveles educativos.

Actualmente, tenemos una más clara conciencia respecto a la diversidad de situaciones existentes, identificándose –al menos– tres tipos de situaciones específicas. Así, en relación a los jóvenes en situación de pobreza, se ha podido constatar que el principal desafío a encarar es su escasa y defectuosa *capacita-*

ción, mientras que en relación a los jóvenes pertenecientes a estratos medios, que han podido permanecer más tiempo en el sistema educativo formal, el problema principal en su intento por incorporarse al mercado de trabajo, es su falta de *experiencia*. Para los jóvenes altamente calificados, por su parte, el principal problema a encarar parece ser la elevada *selectividad* con que buscan trabajo (Rodríguez, 1994).

Empleo juvenil en algunos países seleccionados

	Costa Rica			Honduras			México		
	Tot.	Homb.	Mujer	Tot.	Homb.	Mujer	Tot.	Homb.	Mujer
Desempleo	8,2	6,7	11,5	4,5	3,8	6,2	4,1	3,5	5,2
% del total	53,9	52,5	55,9	56,2	51,9	64,5	54,8	53,7	56,5
Nivel Educ.									
Sin instruc.	1,9	2,0	1,7	11,2	13,4	5,7	3,8	4,3	2,6
Primaria	59,4	62,3	52,8	69,0	70,6	64,8	41,0	44,2	34,2
Secundaria	31,4	29,8	35,	17,3	14,3	25,0	49,9	47,2	55,8
Terciaria	7,3	5,9	10,5	2,5	1,7	4,5	5,3	4,3	7,4
Rama Act.									
Agricult.	25,6	32,8	9,0	43,4	57,7	6,1	30,1	38,5	11,9
Industria	22,7	21,5	25,6	22,3	16,2	38,2	17,6	16,0	21,2
Comercio	20,1	17,0	27,3	11,9	8,3	21,3	17,2	14,3	23,6
Construc.	6,6	9,3	0,5	5,4	7,4	0,2	5,7	8,0	0,7
Servicios	24,9	19,5	37,6	17,0	10,4	34,2	29,3	23,2	42,5
Cat. Ocup.									
Patrones	1,6	2,1	0,6	0,6	0,6	0,5	0,7	0,8	0,3
Asalariad.	79,2	82,3	72,1	50,1	50,6	48,9	62,2	58,4	70,3
Cta. Propia	5,5	5,6	5,5	15,1	16,3	12,0	7,3	7,7	6,5
Fliar. No R.	8,3	9,7	4,9	28,1	32,5	16,7	29,8	33,1	22,8

	Bolivia			Colombia			Perú		
	Tot.	Homb.	Mujer	Tot.	Homb.	Mujer	Tot.	Homb.	Mujer
Desempleo	10,0	10,2	9,8	13,1	9,1	17,7	16,1	14,4	18,3
% del total	39,3	33,4	49,8	65,2	62,6	66,9	43,4	41,2	45,8
Nivel Educ.									
Sin instruc.	2,8	2,4	3,2	0,9	1,2	0,7	0,5	0,5	0,4
Primaria	37,8	40,0	35,4	19,0	17,2	20,9	8,7	7,0	10,9
Secundaria	55,6	54,8	56,4	50,8	54,3	47,2	70,0	73,5	65,5
Terciaria	3,9	2,9	4,9	29,2	27,3	31,2	20,8	19,0	23,1
Rama Act.									
Agricult.	1,4	2,2	0,6	1,3	1,8	0,7	0,9	1,7	0,0
Industria	23,6	28,5	18,3	23,9	26,0	21,2	18,6	21,5	14,9
Comercio	28,8	25,0	32,9	26,2	25,2	27,5	28,9	24,1	35,0
Construc.	8,1	15,3	0,3	8,2	13,3	1,6	4,9	8,3	0,4
Servicios	38,1	28,9	47,9	40,5	33,8	49,0	46,7	44,3	49,6
Cat. Ocup.									
Patrones	1,2	1,9	0,4	1,7	2,1	1,2	2,1	3,0	1,0
Asalariad.	55,5	76,2	33,4	73,1	78,4	66,2	59,8	72,1	44,2
Cta Propia	11,5	8,5	14,6	15,2	17,9	11,8	14,4	13,8	15,2
Fliar No R.	15,6	12,6	18,9	1,6	1,3	1,9	13,3	10,9	16,4
Domésticos	16,2	0,9	32,6	8,4	0,3	18,9	10,3	0,2	23,1

Fuente: OIT, *Panorama Laboral 1995*, Lima.

Nota: Los datos de los tres primeros países son de alcance nacional, mientras que los de los tres siguientes son sólo de nivel urbano. El entorno de edades varía según cada caso, correspondiendo al grupo de 10 a 24 años en Costa Rica y Honduras, 12 a 24 años en México, 15 a 24 años en Bolivia y Perú, y 12 a 29 años en el caso de Colombia. Cifras de 1993 y 1994.

JUVENTUD Y VIOLENCIA: LA OTRA CARA DE LA EXCLUSIÓN

Otra de las facetas preocupantes de esta exclusión juvenil, está constituida por la participación de los jóvenes –como víctimas y como victimarios– en diversas formas de violencia. Según estudios recientes del Banco Mundial y del BID, América Latina es la región más violenta del mundo, dado que el registro anual de muertes es más de dos veces mayor que en cualquier otra región del planeta. En promedio, 30 asesinatos por cada 100.000 personas por año. En este contexto, Colombia es el país más violento del mundo, con índices que triplican los promedios del

continente, mientras que Brasil se destaca por haber concretado el mayor crecimiento de los índices de violencia en los últimos tres años, especialmente en Río de Janeiro, seguido de Venezuela que, sobre todo Caracas, ha visto crecer también de manera explosiva sus propios índices de violencia.

El problema de la violencia creciente en el continente, preocupa cada vez más a la opinión pública de casi todos los países de la región, del mismo modo que a las respectivas autoridades de gobierno. Así lo reflejan las encuestas de opinión pública en casi todos los casos conocidos, y los crecientes debates políticos y parlamentarios centrados en la necesidad de desplegar respuestas más eficaces, a los efectos de disminuir o al menos controlar las manifestaciones que más abiertamente atentan contra los derechos humanos y hasta contra la más elemental seguridad ciudadana.

Pero lo más sintomático y preocupante, es que los rostros de la violencia que estamos comentando, son casi siempre muy jóvenes, tanto en su carácter de víctimas como en su calidad de victimarios (Rodríguez, 1996). Así, son jóvenes (casi niños) los "sicarios" colombianos que asesinan a quien sea, contratados por quien esté dispuesto a pagar por este tipo de "servicios", y son jóvenes los "delincuentes" que cada fin de semana "mueren en enfrentamientos con la policía" y llenan las páginas de los diarios caraqueños los lunes por la mañana, o los miles de miembros de las "maras" (de "marabunta") guatemaltecas o salvadoreñas, que "arrasan" con todo lo que encuentran en su camino, en el marco de sus actividades "delictivas".

También son jóvenes –y hasta niños– los que son "eliminados" por "escuadrones de la muerte" en Río de Janeiro por el simple hecho de ser "niños de la calle", y son jóvenes también los que protagonizan los enfrentamientos armados entre soldados y guerrilleros en el Perú, en Colombia, en Guatemala o más recientemente en Chiapas, en la frontera sur mexicana. Son jóvenes, del mismo modo, los que nuclean las "bandas" y "pandillas" juveniles en casi todas las grandes ciudades del continente (México, Guatemala, San Salvador, Caracas, Medellín, Guayaquil, Lima, Río de Janeiro, etc.), y son mayoritariamente jóvenes pobres, pertenecientes a familias desintegradas, que no han podido permanecer en el sistema educativo, carecen de trabajos dignos, y han encontrado en la banda el principal "espacio de socialización" y de apoyo mutuo entre "pares".

No somos banda nacida de la nada

No somos banda nacida de la nada,
nuestro grito es profundo, nuestro alarido profundo.
Mas... ¿cómo habría de ser?
Venimos de los rincones oscuros, de los desperdicios,

de la incomprensión y del desamor.
Somos, si se asume, la escoria de la sociedad,
vagabundos nocturnos.
Salimos a mirar al exterior de este agujero,
y nos dimos cuenta que ahí
no había sitio para nosotros.
Pues... ¿cómo iba a haberlo?,
si el desperdicio se vuelve... despreciable.
Y... aquí estamos, irrumpiendo en forma violenta,
en forma degenerada, en fin... en forma auténtica,
porque así hemos crecido y así hemos sido criados.
Aquí la violencia es normal, la incultura, ley,
y la miseria se hospeda fielmente entre nosotros.
Nos dicen invasores, que estamos aquí por capricho,
por no saber vivir ni querer hacerlo.
Y esperan que algún día nos larguemos,
que dejemos de afeear,
sin rastro, sin destino, así nomás.
Pero nosotros estamos aquí,
esperando salir y hacer constancia
de nuestra presencia,
y corremos, soñamos, lloramos,
a veces comemos, pero siempre tenemos hambre.
Algunos atracamos, otros nos drogamos,
o las dos cosas.
Para nosotros la vida es un juego,
un juego de sobrevivencia,
para ver quién aguanta más
o quién se vence primero.
Pero ya van muchos, y aquí estamos,
haciendo gritar a las bardas,
los camiones, y todos aquellos espacios
que indican nuestra existencia,
y estamos malos, y estamos sucios, y estamos feos.
Nuestras posibilidades son así...

Ernesto Fajardo Lovera. Consejo Popular Juvenil. Santa Fe, México, D.F.

Tomado de José Lorenzo Encinas Garza, *Bandas Juveniles: perspectivas teóricas*, México, Trillas, 1994.

Y para no circunscribir el tema sólo a algunos países, también son jóvenes los que matan y mueren en enfrentamientos entre "barras bravas" seguidoras de diferentes equipos de fútbol en Chile, Argentina y Uruguay, o los que "prueban fuerzas" a través de modalidades cada vez más violentas frente a otros adolescentes, en los establecimientos educativos medios de casi toda la región, en el contexto de actividades deportivas o de simples discusiones entre "compañeros" de estudios.

DE LA EXCLUSIÓN A LA PARTICIPACIÓN

Podrían agregarse muchas otras evidencias en relación a la exclusión juvenil, pero las anotadas son más que suficientes. Importa, en cambio, analizar las respuestas brindadas hasta el momento, a los efectos de poder comenzar a desarrollar algunas reflexiones en términos de perspectivas futuras al respecto.

En este sentido, importa destacar que esta subordinación absoluta de los jóvenes, en sociedades dominadas sustancialmente por los adultos, además de constituir un serio problema para sus propios protagonistas centrales –los jóvenes–, refuerza significativamente la reproducción de las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales vigentes en nuestros países, y dejan prácticamente sin espacio a las tendencias innovadoras y a las prácticas creativas, íntimamente ligadas a los jóvenes.

Por ello, la exclusión juvenil no es solamente una flagrante injusticia con un gran sector de la población latinoamericana, sino que constituye –fundamentalmente– un handicap evidente y muy significativo para nuestras sociedades, al menos desde el punto de vista de los que queremos modernizarlas efectivamente, para estar más a tono con los desafíos que plantea el mundo de hoy, y poder concretar una convivencia más humana para todos, sobre la base de una mayor equidad social (Rodríguez, 1995).

Si esto es así, la efectiva formulación e implementación de políticas innovadoras e integrales de juventud, no debería ser vista solamente como un imperativo de justicia con los jóvenes, sino que debería constituir un componente central de las nuevas estrategias de desarrollo, procurando la mayor contribución creativa e innovadora de los jóvenes al respecto.

Como sostiene una importante Declaración Conjunta de las diferentes Agencias de las Naciones Unidas centrada en estas temáticas,

"las políticas de juventud deberían renovarse en sus enfoques clásicos, procurando involucrar a un abanico más amplio de actores institucionales, tomando a los jóvenes no sólo como destinatarios de políticas sino también como agentes protagónicos de las estrategias alternativas de desarrollo que se implementen en el futuro. Los jóvenes deben ser vistos no sólo como un

sector particularmente afectado por la crisis; son también un componente central para la implementación de estrategias innovadoras de desarrollo, especialmente como recursos humanos calificados."

"La participación protagónica de los jóvenes –sigue diciendo esta Declaración– es entonces un factor esencial del éxito de los programas que se impulsen en el futuro, y la renovación de enfoques resulta imprescindible para ubicar prioritariamente las políticas y programas que se definan e implementen, procurando la masificación o ampliación sustantiva de las mismas."

Pero, ¿cómo pasar de la apatía y la exclusión actualmente vigente, a una más activa y renovada participación de los jóvenes en la implementación de nuevas estrategias de desarrollo en nuestros países? La pregunta es muy compleja, sin duda, y la respuesta no resulta sencilla, evidentemente. Implica desafíos para las políticas públicas, y también para las organizaciones y movimientos juveniles. La conclusión que se extrae de la experiencia es tan elemental como relevante: es imperioso superar el esquema clásico de las políticas de juventud actualmente vigente, e implementar otro más acorde con los desafíos de este fin de siglo y de comienzos de un nuevo milenio (*idem*).

El enfoque clásico centra las políticas públicas de juventud en la educación y el tiempo libre de los jóvenes, y deberían abarcarse otras temáticas más relevantes y acuciantes en casi todos nuestros países: el empleo, la salud, el acceso a la vivienda, etc. El enfoque clásico se concentra en los jóvenes de clase media urbanos integrados al sistema educativo, y es necesario llegar a los jóvenes del estrato popular urbano, a los jóvenes campesinos, a los indígenas, y a las mujeres jóvenes en particular. El enfoque clásico es sumamente burocrático, paternalista y asistencialista, y deberíamos pasar a un trabajo mucho más participativo y promocional, apostando decididamente al aporte generoso y creativo de las nuevas generaciones.

Las políticas de juventud deberían ser, entonces, *integrales*, en el sentido de procurar encarar la problemática juvenil en todos sus componentes y con una perspectiva de conjunto, en el marco de estrategias globales de desarrollo; *específicas*, en el sentido de responder con precisión a las múltiples aristas de dicha problemática, sin esquemas preconcebidos; *concertadas*, involucrando a todos aquellos sectores y actores relevantes en el dominio de la juventud; *descentralizadas*, brindando una fuerte prioridad a los esfuerzos en el plano local; *participativas*, criterio que implica necesariamente un gran protagonismo juvenil; y *selectivas*, priorizando fuertemente a los jóvenes del estrato popular urbano y rural, y a las mujeres jóvenes en particular.

Pero esa mayor participación juvenil también dependerá en gran medida de los esfuerzos que desplieguen en el futuro los propios jóvenes organizados. Los movimientos y organizaciones juveniles deberían renovar sustancialmente sus criterios de trabajo y sus prácticas culturales, de modo de poder estar en condiciones de representar

efectivamente a las generaciones jóvenes en sus respectivas esferas de acción, con un criterio amplio al respecto, superando por tanto las posturas elitistas vigentes históricamente en movimientos juveniles hegemonizados por estudiantes universitarios de clase media y alta, altamente politizados, casi exclusivamente.

Políticas de juventud en América Latina: contrastes entre el enfoque tradicional y el enfoque innovador

Dimensión analítica	Enfoque tradicional	Enfoque innovador
Objetivos Finalidades	Preparación para el futuro / "Control Social"	Integración Social, participación ciudadana
Tipo de cobertura	Pretendidamente universal	Focalizado en jóvenes excluidos
Programas prioritarios	Educación formal, tiempo libre	Capacitación, trabajo, salud
Jóvenes beneficiarios prioritarios	Estudiantes urbanos integrados	Jóvenes excluidos, especialmente mujeres jóvenes
Enfoque metodológico predominante	Asistencialista, paternalista, clientelista	Promocional, participativo, transparente
Enfoque programático predominante	Sectorial, aislado, desarticulado	Integral, concertado, interinstitucional
Tipo de gestión predominante	Centralizada en principales centros urbanos	Descentralizada, con énfasis en el nivel local
Tipo de evaluación	Formal, centrada en los controles fiscales e institucionales	Sustantiva, centrada en la llegada a los beneficiarios
Indicadores de gestión	Cumplimiento de metas y objetivos. Control de gasto	Impactos obtenidos sobre los beneficiarios
Principales instituciones responsables	Específicas gubernamentales (INJs, Ministerios, etc.)	Específicas e inespecíficas, gubernamentales y de la sociedad civil

Fuente: Ernesto Rodríguez, *Promoción de la Participación Juvenil en los Procesos de Desarrollo de Fin de Siglo en América Latina y el Caribe: Algunas Propuestas para la Acción*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo, 1995.

Y, en este sentido, importa recalcar que no se trata solamente de adaptar los mensajes a las nuevas preferencias juveniles. Se requiere poder demostrar una efectiva preocupación por los problemas y las expectativas de esos jóvenes, que "no están ni ahí" como dicen en Chile, porque sienten que las instituciones y canales de representación se han vaciado de contenidos efectivos, pero que siguen pensando en la necesidad de cambios en nuestras sociedades y están seguramente muy dispuestos a hacer sus correspondientes aportes al respecto, si logramos demostrar que los cambios son posibles y no meras utopías irrealizables, que sólo sirven para adornar los discursos de quienes están exclusivamente preocupados por sus propias carreras personales en el plano político o empresarial.

RESPUESTAS EN MATERIA DE CAPACITACIÓN Y EMPLEO

Por su parte, y en particular, la preocupación por la precaria incorporación de los jóvenes latinoamericanos en el mercado de trabajo y en la sociedad en su conjunto, ha comenzado a ubicarse en el centro de las actividades de los gobiernos y de los organismos internacionales en los últimos tiempos.

Sumado a la tremenda injusticia que dicha situación evidencia en relación a un sector relevante en términos numéricos de nuestras sociedades, la preocupación se vincula también con *los desafíos de la transformación productiva* actualmente en marcha. Los gobiernos, las empresas y los demás actores sociales acusan mayor conciencia en cuanto a que el desempleo y el subempleo juveniles implican el desaprovechamiento de un recurso esencial para la modernización de nuestras sociedades, y perciben con mayor claridad que la participación de jóvenes educados y capacitados en el proceso productivo es imperiosa para aumentar la productividad y competitividad de las economías de la región.

Esto es así, en la medida que las significativas transformaciones que ha ido experimentando el capitalismo contemporáneo, llevan a nuestros países a enfrentarse a la imperiosa necesidad de *desarrollar ventajas competitivas* y no solamente comparativas, a los efectos de lograr una mejor y mayor integración en los mercados internacionales, lo que sólo es posible en base a avances sustanciales en materia de productividad.

En dicho contexto, el *conocimiento* pasa a tener una importancia estratégica mucho mayor, comparada con cualquier otro momento de la historia, y el *desarrollo científico-tecnológico* se constituye en una variable clave para viabilizar las nuevas estrategias de desarrollo. En el campo del trabajo en particular, estas transformaciones están implicando la *superación del tradicional modelo "taylorista-fordista"* de organización, hasta no hace mucho tiempo predominante, y que ahora comparte espacios con modalidades

más flexibles y descentralizadas, ante las cuales la fuerza de trabajo debe adaptarse con rapidez y eficacia, en base a una recalificación permanente y sistemática.

En dicho contexto, *la mayor plasticidad juvenil* para lidiar con las nuevas tecnologías, para adaptarse rápidamente a las exigencias cambiantes de la economía y para asumir riesgos ante nuevos desafíos, se transforma en un factor de gran relevancia, y lo pone en ventaja claramente respecto a los adultos acostumbrados por décadas al funcionamiento rutinario del mismo modelo de organización del trabajo, y que por tanto enfrentan serias dificultades para adaptarse sin traumas a los cambios que permanentemente se procesan en la economía y la sociedad.

Aunque en las últimas décadas el tema no ha recibido la atención que sin duda merece, se fueron acumulando ricas experiencias que permiten estar en condiciones de encarar estos nuevos desafíos de manera más racional y planificada. Entre dichas experiencias, se cuentan los *Programas de Aprendizaje* que ejecutan las Instituciones de Formación Profesional, diversas experiencias vinculadas con el fomento y desarrollo de *iniciativas microempresariales*, el desarrollo de metodologías de capacitación especialmente diseñadas para jóvenes en situación de desventaja, el *fomento de actitudes empresariales modernas* entre los jóvenes altamente calificados, etc.

En los últimos años, incluso, constatadas las limitaciones y carencias de los programas ensayados en las últimas décadas, se han comenzado a implementar diversos *programas especiales de capacitación laboral de jóvenes*, siendo el caso de Chile el más notorio, al que se suman otros similares que comienzan a operar en Argentina, Colombia, Venezuela y Uruguay, entre otros. Se trata de iniciativas que se diferencian de las conocidas, por la dimensión masiva con que cuentan, por sus innovadoras estrategias de ejecución y por su vinculación con mecanismos de reconversión productiva más amplios y abarcativos.

Se trata –además– de experiencias que se sumergen en los procesos de reforma del Estado actualmente en marcha, y que le otorgan un preponderante rol al mercado en la asignación de recursos, procurando subsidiar la demanda y no simplemente la oferta de servicios de capacitación y orientación laboral. Esto se fundamenta en la necesidad de *tener centralmente presentes las necesidades del aparato productivo*, procurando evitar por todos los medios posibles la realización de actividades de capacitación que no conduzcan efectivamente al desempeño de roles laborales por parte de los jóvenes beneficiarios. En dicho contexto, se reformula el rol del Estado, procurando que éste cumpla funciones normativas generales y de monitoreo “a la distancia” de las actividades que se desarrollen, más que las clásicas funciones de ejecución directa de las tareas definidas.

Aunque todavía no ha transcurrido suficiente tiempo como para tener una adecuada visión de los logros y limitaciones de este tipo de iniciativas, las evaluaciones que parcialmente se han ido realizando parecen evidenciar elevados niveles de eficiencia en el logro de metas en materia de cobertura, de inserción laboral y

en la llegada a los sectores priorizados, en base a los criterios de autofocalización utilizados en casi todos los casos conocidos.

¿CÓMO ERRADICAR LA VIOLENCIA?

Por su parte, en relación a la violencia, las respuestas ensayadas hasta el momento no han podido obtener resultados significativos, y han demostrado ser sumamente ineficaces en casi todos los casos conocidos, tanto desde el ámbito de las políticas públicas, como desde la órbita de la sociedad civil.

Así, desde las autoridades públicas, las políticas carcelarias están haciendo crisis en casi todos los casos nacionales (los motines y demás problemas acaecidos en los últimos tiempos así lo atestiguan), y las reformas de tipo legal no han tenido demasiados efectos, en la medida en que sólo han pretendido endurecer las penas previstas, sin cuestionar el enfoque puramente represivo de las mismas.

Por su parte, desde los afectados por la violencia, las respuestas se han concentrado en el "atrincheramiento privado" (rejas, alarmas, condominios "militarizados", etc.) en el caso de los "integrados", o en el desarrollo del ejercicio de la justicia por mano propia ("juicios sumarios" y linchamientos de "delincuentes", grupos de autodefensa, etc.) en el caso de los "excluidos".

En el fondo, las respuestas no logran resultados relevantes, porque atacan sólo las expresiones más visibles del fenómeno. Tal como lo señala un estudio de la OPS, resulta imprescindible asumir que estamos ante un problema estructural, sumamente complejo y enraizado en la propia cultura de nuestros países, superando los enfoques simplistas predominantes hasta el momento, que se limitan al despliegue de respuestas de neto corte "represivo", o al desarrollo de campañas "moralistas" o aun a la asimilación mecánica entre "pobreza" y "delincuencia", y que postula el combate a la pobreza como respuesta; lo que se ha intentado seriamente –en Medellín, por ejemplo– y aún así el fenómeno ha continuado expandiéndose.

"Un niño o un joven violento –sostiene el documento de la OPS– son personajes alterados por interferencias en su desarrollo normal o que han sido condicionados para recrear la violencia. Los jóvenes desean afirmar su identidad como personas y el modelo que les ofrece la sociedad es el consumidor a ultranza. Quieren ser reconocidos como individuos y la sociedad los anonimiza o registra como peligro; buscan diversión y se les ofrece espectáculos televisados de violencia y armas, primero de juguete y después letales. Reclaman un ambiente sano y se les concede uno de privaciones, exclusión y violencia."

Por todo lo dicho, resulta evidente que estamos ante un fenómeno sumamente complejo. "La violencia es un fenómeno histórico que encuentra relación con las condiciones y procesos económicos, sociales, jurídicos, políticos, culturales y psicológicos. Las particularidades que asume en cada sociedad la conjugación entre la acción del narcotráfico, los enfrentamientos políticos, las movilizaciones sociales, las formas de inclusión o exclusión de grupos poblacionales en la toma de decisiones fundamentales, entre muchos otros factores, sobre un sustrato de pobreza, se traduce de manera diferenciada en resquebrajamiento o debilitamiento institucionales, alteración de los valores éticos predominantes y en descomposición familiar y social" (*idem*).

Desde esta perspectiva, resulta imprescindible diseñar e implementar respuestas más integrales, centradas en los jóvenes, que traten de incidir en el conjunto de factores establecidos, de manera articulada, a los efectos de ir construyendo "círculos virtuosos" que puedan ir oponiéndose a los "círculos viciosos", que generan y alimentan sistemáticamente la violencia en América Latina, construyendo lenta pero sistemáticamente las condiciones para ir disminuyendo, hasta erradicar en la medida de lo posible, las diversas expresiones de violencia existentes, y de este modo ir dotando de mayores márgenes de "gobernabilidad" y "estabilidad democrática" a nuestras sociedades.

LOS DESAFÍOS DE FIN DE SIGLO

Mucho se ha hablado y debatido en los últimos tiempos acerca de los desafíos que nos depara a los latinoamericanos este fin de siglo. Resulta imposible sintetizar adecuadamente los términos predominantes en dicho debate, pero resulta imperioso mencionar –al menos– algunos de los más importantes. Una de las claves al respecto, tiene que ver con la globalización y la reinserción internacional de América Latina, en un mundo que se ha transformado profundamente en los últimos años.

Con la crisis del socialismo real, por ejemplo, se derrumbaron estrategias políticas muy ascendradas en la izquierda latinoamericana, pero también cambiaron las coordenadas de los principales alineamientos y relaciones internacionales. Pero, además y fundamentalmente, con las muy profundas transformaciones del capitalismo contemporáneo, se derrumbaron los esquemas tercermundistas de inserción en la economía mundial basados en mano de obra barata y/o el control hegemónico de materias primas estratégicas. Los países industrializados han logrado superar sus limitaciones en ambas dimensiones, gracias a un desarrollo impresionante en el plano científico tecnológico, que ha trastocado completamente los viejos términos de referencia en estas materias. Ahora –como ya se dijo– se requieren ventajas "competitivas", y no sólo "comparativas" como en el pasado.

Sólo sobre la base del desarrollo de estrategias de crecimiento económico basadas en la incorporación deliberada de progreso técnico y en la más elevada calificación

de la fuerza de trabajo, se podría intentar –como se está haciendo en varios casos nacionales– con ciertas posibilidades de éxito una nueva inserción dinámica en los mercados internacionales, y por tanto, un crecimiento efectivo en el terreno estrictamente económico, que es una condición necesaria ineludible –aunque no suficiente– para la obtención de mayores niveles de equidad y bienestar para nuestros pueblos.

Rasgos predominantes del desarrollo mundial y latinoamericano en los últimos cincuenta años: un esquema preliminar

Dimensión analítica	Décadas de 1950-1960	Décadas de 1970-1980	Décadas de 1990-2000
Relaciones internacionales predominantes	Bipolarismo USA-URSS	Multipolarismo "ordenado"	Multipolarismo "desordenado"
Poder predominante	Poder militar	Poder económico	Conocimiento e información
Conflicto principal	Este/Oeste	Norte/Sur	Integrados/ Excluidos
Actores principales en la escena internacional	Centralidad absoluta de Estados Nacionales	Diversidad de actores (emp. transnacionales, organismos internacionales, etc.)	Opinión pública/Sociedad civil
Estrategia de crecimiento	Desarrollo hacia adentro	Ventajas comparativas	Ventajas competitivas
Rol central del Estado	Estado productor	Crisis y transición	Estado regulador
Sector económico central	Industrialización sustitutiva	Servicios/ Terciarización	Tecnología/ Informatización
Enfrentamiento central	Oligarquía/ Burguesía	Trabajadores/ Empresarios	Tecnólogos/ Informales
Sectores excluidos	Campesinos sin tierra/Indígenas	Pobres urbanos excluidos	Desescolarizados/ Trabajadores informales
Rol de los jóvenes	Generación de recambio/ Jóvenes = Futuro	Vanguardia de la revolución	Actores estratégicos del desarrollo

Fuente: Ernesto Rodríguez, *La Cooperación al Desarrollo en los Noventa: Tendencias Históricas y Potencialidades Futuras*, México, Causa Joven, SEP, 1996.

Otro de los ejes del debate actual, tiene que ver con las posibilidades ciertas de combinar crecimiento económico con equidad social. La CEPAL ha insistido extensamente en que dicha combinación no es solamente deseable sino, además, posible. "Es más –se sostiene en algunos de sus documentos en los que se hacen propuestas– así como la equidad no puede alcanzarse en ausencia de un crecimiento sólido y sostenido, el crecimiento exige un grado razonable de estabilidad sociopolítica, y esto implica a su vez, cumplir con ciertos requisitos mínimos de equidad. De este condicionamiento recíproco entre crecimiento y equidad se desprende la necesidad de avanzar hacia ambos objetivos en forma simultánea antes que secuencial, lo que constituye un desafío histórico" (CEPAL, 1992).

En dicho marco, una de las claves más relevantes radica en la necesidad de concretar una mayor inversión en recursos humanos y en desarrollo tecnológico, lo que –evidentemente– implica invertir absolutamente las principales bases de sustentación de los modelos vigentes en casi todos nuestros países. Como se sabe, tanto en los países altamente industrializados como en los de industrialización más reciente (especialmente los del sudeste asiático) se privilegió fuertemente el ahorro y la inversión productiva, tomando como base la inversión en recursos humanos y en desarrollo tecnológico. Los países latinoamericanos, en cambio, basaron sus estrategias económicas en la renta proveniente de la explotación de recursos naturales (sin incorporación de nuevas tecnologías), el endeudamiento externo y la expansión del consumo suntuario.

Frente a ello, la CEPAL y la UNESCO (1992) han postulado que la educación y el conocimiento deben ser el eje de la transformación productiva con equidad, que se ha propuesto como una estrategia alternativa de desarrollo. Tanto en materia de consolidación democrática en el plano interno, como en la obtención de mayores niveles de competitividad en el plano internacional, la educación y la generación de conocimientos deberían cumplir un rol estratégico, para la formación de una moderna ciudadanía en el primer caso, y para la capacitación continua y renovada de la fuerza de trabajo y los cuadros empresariales que deben impulsar la modernización productiva, en el segundo.

Las orientaciones estratégicas de la propuesta que estamos comentando son muy claras. Desde el punto de vista político, se trata de asumir las actividades de producción y difusión de conocimientos como tareas estratégicas de largo plazo, que requieren el más amplio consenso posible entre los diferentes actores sociales, y un compromiso financiero estable con su desarrollo. En materia de contenidos, se trata de focalizar la acción en los resultados de la educación y la capacitación, y en su adecuada articulación con las exigencias del desempeño de las personas, las empresas y las instituciones en los diferentes ámbitos de la sociedad. Desde el punto de vista institucional, se trata de romper el aislamiento de los establecimientos educativos y de generación y transmisión de conocimientos, e introducir modalidades de

gestión en las que los actores tengan mayores márgenes de autonomía en las decisiones, así como una mayor responsabilidad por los resultados que se obtengan.

LAS REFORMAS NECESARIAS

¿Qué hacer, entonces, frente a desafíos tan vastos y complejos? Durante décadas, el paradigma dominante en amplios sectores del pensamiento progresista latinoamericano ha sido la revolución, y en ese contexto era casi un pecado imperdonable ser reformista. Dicho paradigma, descansaba a su vez en un fundamento básico: la lucha de clases, en la que se subsumían y se terminaban negando todas las otras contradicciones sociales efectivamente existentes, y tan o más relevantes que aquella.

Afortunadamente estas tendencias están cambiando, y comienza a asumirse con más realismo la existencia de múltiples y variadas contradicciones sociales, igualmente relevantes en muchos casos, entre regiones, entre sexos, entre generaciones, etc. Se tiene una percepción más realista relativa a la necesidad de atenderlas a todas en sus respectivas especificidades, en el entendido que la resolución de una de ellas no necesariamente elimina las otras. Del mismo modo, las prácticas políticas son cada vez menos ideológicas y cada vez más instrumentales y pragmáticas.

Así, resulta cada vez más claro que en estos momentos, existen muchas y muy variadas formas de representación y participación ciudadana, que en muchos casos no pasan por los clásicos mecanismos constituidos por partidos políticos y organizaciones corporativas (empresariales, sindicales, estudiantiles, etc.), y que se desarrollan en esferas también muy alejadas de las tradicionalmente priorizadas, más acordes con los signos de los nuevos tiempos, como pueden ser la defensa del medio ambiente, los derechos de los consumidores, las prácticas culturales, etc.

Del mismo modo, se están impulsando profundos procesos de reforma en varios niveles simultáneamente. Un ejemplo claro al respecto es la reforma del Estado, que se aplica cada vez menos en términos del simple "achicamiento" del mismo, y más en términos de una efectiva modernización que lo fortalezca y lo transforme en un instrumento eficiente para la prestación de servicios a toda la Nación, reformulando sus funciones específicas.

Ello está implicando la descentralización de funciones y cometidos, la instrumentación y el fortalecimiento de nuevas formas de participación e involucramiento ciudadano en el desarrollo de las políticas públicas y la modernización de los métodos de gestión, conjuntamente con una adecuada recalificación de los trabajadores del sector público, la erradicación de las prácticas clientelísticas, el control de la corrupción, etc.

En materia de desarrollo social, por su parte, se está tratando de tecnificar y fortalecer las reparticiones públicas vinculadas con la salud, la educación, la

vivienda, la seguridad social, etc. Para ello, en varios casos se procura modernizar los enfoques de trabajo y las estrategias de intervención social, involucrando centralmente a los beneficiarios en la misma y focalizando decididamente los programas a ejecutar en los sectores más desprotegidos y más vulnerables (BID, 1993).

Política social: rasgos predominantes y propuestas innovadoras

Dimensión	Rasgos predominantes	Propuestas innovadoras
Institucionalidad	Monopolio del Estado que: financia, diseña, implementa, controla	Pluralidad de sectores: estatal, privado, organizaciones no gubernamentales (ONGs), familias
Institucionalidad	Centralismo	Descentralización
Lógica del proceso decisorio	Burocrática. Estrategias macro. Asignación de recursos por vía administrativa	De proyectos. Asignación competitiva. Licitaciones
Financiamiento	Estatal	Cofinanciación. Recuperación de costos
Asignación de recursos	Subsidio a la oferta	Subsidio a la demanda
Objetivo buscado	Universalidad de la oferta	Universalidad de la satisfacción
Criterio de atención	Ampliación progresiva de arriba hacia abajo. Acceso segmentado	Focalizaciones en los sectores más necesitados
Población beneficiada	Clase media Grupos organizados	Prioridad a la población condiciones de pobreza
Énfasis	En los medios. Infraestructura social. Gasto corriente	En los fines. Impacto en la población beneficiaria
Indicador utilizado	Monto del gasto público social	Relación costo-impacto de cada programa

Fuente: Rolando Franco, (1995) "Estado y Políticas Sociales: nuevas tendencias en América Latina", Documento presentado en el Colloque de l'État en Amérique Latine: privatisation ou redéfinition?, organizado por el Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine y el Centre d'Études et de Recherches Internationales de la FNSP, París, 1 y 2 de junio 1995.

Pero por sobre todas las cosas, se está tratando de coordinar más adecuadamente los esfuerzos que se realizan en cada una de las esferas mencionadas, tomando a las familias en situación de pobreza como el centro receptor y administrador de los recursos que se destinen a estos efectos. El desarrollo de "frentes o gabinetes sociales", constituye en este contexto una prioridad evidente, sustentados en una efectiva participación de la sociedad civil en la implementación de las acciones concretas.

Se está tratando de procesar –también– un cambio sustancial en las relaciones entre trabajadores y empresarios en el marco del proceso productivo. Las tendencias del mercado a favor de productos más diferenciados y de mayor calidad requieren reemplazar progresivamente en las empresas las estructuras verticales y jerárquicas por otras con esquemas más horizontales y flexibles, basadas en una mayor colaboración y complementación entre mandos medios y trabajadores, utilizando así más intensamente la creatividad de todos y fomentando a la vez la responsabilidad también de todos.

Esto requiere la superación de los enfoques empresariales basados en la simple explotación de la mano de obra, y los esquemas sindicales que postulan que el empresario es un enemigo del trabajador. Así, se comienza a asumir con creciente realismo y más responsabilidad, que el verdadero enemigo de ambos es la competencia, y que la mejor vía para la defensa del salario y la renta es la productividad, con los consecuentes efectos en el aumento de la competitividad de la empresa. Los salarios participativos, por ejemplo, son una vía adecuada para potenciar estos nuevos enfoques, aunque todavía se utilizan escasamente.

OPORTUNIDADES Y RIESGOS PREVISIBLES

No hace falta insistir en las innumerables y complejas dificultades que se habrán de enfrentar en los próximos años. Mencionemos –por tanto– sólo algunos de los riesgos más relevantes, pero señalemos también algunas de las oportunidades que estos procesos pueden ofrecernos en el futuro próximo.

Para empezar, habría que decir que aunque la situación todavía es muy crítica en varios países, en la esfera de los recursos disponibles para encarar alternativas a la realidad vigente, el margen de posibilidades será mayor que en el pasado reciente. Lo peor de la crisis ha pasado, el crecimiento económico comienza a exhibirse de nuevo en la mayor parte de los países y la inversión social está incrementándose en una buena parte del continente.

El balance de la economía latinoamericana realizado por la CEPAL a fines del año pasado, indica que el producto interno bruto regional creció apenas 1,1 por ciento entre 1981 y 1990, frente al 3,1 por ciento de crecimiento registrado entre 1991 y 1996. El PIB por habitante, por su parte, decreció un 0,9 por ciento en los ochenta y creció un 1,1 por ciento en los noventa.

Evolución del PIB total y por habitante en América Latina en los períodos 1981-1990 y 1991-1996 (Tasa Promedio Acumulativa Anual)

Países	PIB total		PIB por habitante	
	1981-1990	1991-1996	1981-1990	1991-1996
Total	1,1	3,1	-0,9	1,1
A. Latina	1,1	3,2	-0,9	1,4
Argentina	-0,3	4,7	-1,8	3,3
Bolivia	0,2	4,0	-1,9	1,5
Brasil	1,3	2,7	-0,7	1,2
Chile	3,0	7,0	1,3	5,3
Colombia	3,7	4,4	1,6	2,4
Costa Rica	2,2	3,7	-0,6	1,3
Cuba	3,7	-4,8	2,8	-7,6
Ecuador	1,4	3,4	-1,1	1,2
El Salvador	-0,4	5,6	-1,4	3,2
Guatemala	0,9	4,1	-2,0	1,2
Haití	-0,5	-2,4	-2,4	-4,3
Honduras	2,4	3,4	-0,8	0,4
México	1,9	2,0	-0,2	0,2
Nicaragua	-1,5	2,4	-3,9	-0,5
Panamá	1,6	4,5	-0,5	2,6
Paraguay	3,0	2,9	0,0	0,2
Perú	-1,2	5,1	-3,3	3,3
R. Dominicana	2,4	4,3	0,2	2,4
Uruguay	0,0	3,8	-0,6	3,2
Venezuela	-0,7	2,4	-3,2	0,1
Caribe	0,1	1,5	-0,9	0,5
Ant. y Barbuda	6,4	0,9	5,9	0,4
Barbados	1,1	0,6	0,7	-0,1
Bélice	4,5	4,3	1,9	1,6
Dominica	4,4	2,1	4,8	2,1
Granada	4,9	1,8	4,7	1,6
Guyana	-2,9	8,1	-3,4	7,0
Jamaica	2,2	0,9	1,1	0,2
Sn. Ks. y Nevis	5,8	3,3	7,0	3,8
S. Vic. y Gran.	6,5	3,0	5,5	2,0
Santa Lucía	6,8	4,2	5,3	2,8
Suriname	0,5	0,9	-0,7	-0,2
T. y Tobago	-2,6	1,7	-3,9	0,6

Fuente: CEPAL, *Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe 1996*, Santiago, 1996.

El principal riesgo, en nuestro enfoque, es el fortalecimiento de las tendencias dualistas en nuestras sociedades, o dicho más pura y simplemente, el reforzamiento de la concentración de la riqueza en las clases sociales más altas. Si continuaran vigentes los enfoques desplegados en los últimos años, seguramente se acentuarán las desigualdades sociales existentes, como resultado directo del "libre juego de las leyes del mercado", que le deja el campo totalmente libre a los más poderosos para hacer lo que quieran con los más débiles.

Esto se produciría, aun en el caso de que realmente se pusieran en práctica programas compensatorios para mitigar parcialmente los principales exponentes de la pobreza. Resultaría entonces imprescindible encarar programas de enfrentamiento a la pobreza que vayan más allá de la compensación de los efectos perversos del ajuste económico, enfrentándola también en términos estructurales, en el marco de nuevas estrategias de desarrollo más equitativas y más preocupadas por la generación de empleo.

Pero esas mismas tendencias dualistas pueden profundizarse también entre países, en nuestro propio escenario regional, y más aún entre los países pobres y los países ricos a nivel más general, tal y como ha venido ocurriendo en las últimas décadas. Esto es particularmente importante, tanto desde el ángulo de la inserción internacional de América Latina en su conjunto como desde la correspondiente a algunos de sus países en particular. Y es, además, realmente dramático. Tengan en cuenta que, tal como lo destacara uno de los Informes sobre el Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, mientras el 20% más rico de la población mundial concentra el 82,7% de la riqueza total, el 20% más pobre sólo accede al 1,4% de la misma, con lo cual la disparidad internacional es de por lo menos 150 veces más entre los primeros y los segundos en la actualidad, "habiéndose doblado en el curso de los últimos treinta años". Desigualdades tan flagrantes, no sólo son la expresión de una profunda injusticia, sino que constituyen limitaciones insalvables para el propio desarrollo.

Frente a este tipo de riesgos, ¿qué podemos hacer? Sin dudas, la principal respuesta es y debe ser la formulación e instrumentación de estrategias de desarrollo basadas claramente en criterios más equitativos, pero no por ello menos eficientes en el terreno económico. La estabilidad económica lograda en la mayor parte de los países de la región, ha tenido impactos sociales favorables muy evidentes; y quizá el ejemplo brasileño, donde el control de la inflación ha permitido disminuir el número de pobres de los 58 millones de 1994 a los 45 millones de 1996, sea uno de los más elocuentes.

Pero además, será necesario impulsar al máximo las experiencias integracionistas a nivel regional y subregional, procurando evitar las inequidades entre naciones latinoamericanas, que seguramente se agigantarán si no se desarrollan explícitamente acciones en contrario. Esto es particularmente válido para evitar los perjuicios que inevitablemente recaerán en las naciones más pequeñas de Centroamérica, el Caribe y el Área Andina.

Distribución del ingreso urbano en 8 países de América Latina

Países	Años	40% más pobre	30% siguiente	20% ant. al 10% más rico	10% más rico
Argentina	1980	18,0	25,6	26,6	29,8
	1986	16,2	24,1	25,2	34,5
	1992	15,2	25,0	28,2	31,6
Brasil	1979	11,7	20,7	28,5	39,1
	1987	9,7	18,1	27,9	44,3
	1990	9,6	19,3	29,4	41,7
Chile	1987	12,6	20,6	27,3	39,6
	1990	13,4	21,2	26,2	39,2
	1992	13,6	20,7	25,2	40,5
	1994	13,3	20,5	25,9	40,3
Costa Rica	1981	18,9	28,1	29,8	23,2
	1988	17,2	26,7	28,5	27,6
	1992	17,0	27,8	28,3	26,9
México	1984	20,1	27,1	27,0	25,8
	1989	16,2	22,0	24,8	36,9
	1992	16,6	22,1	26,5	34,8
Panamá	1979	15,5	25,4	30,0	29,1
	1986	14,2	25,2	27,6	33,0
	1991	13,3	24,3	28,2	34,2
Uruguay	1981	17,7	24,5	26,6	31,2
	1986	17,3	23,1	27,2	32,4
	1992	21,9	26,2	26,0	25,9
Venezuela	1981	20,2	28,5	29,5	21,8
	1986	16,3	26,0	28,8	28,9
	1992	16,4	26,2	29,3	28,1

Fuente: CEPAL, *Panorama Social de América Latina 1995*, Santiago, 1995.

El tema de la integración latinoamericana, además, debería ser visto como una gran oportunidad. En la actualidad, este tipo de procesos son funcionales hasta para las economías altamente industrializadas, que funcionan cada vez más claramente en el marco de grandes mercados consumidores. Todos sabemos que esto no era así en las décadas anteriores, cuando los impulsos integracionistas latinoamericanos chocaron sistemáticamente con grandes resistencias de las economías del norte, especialmente de los Estados Unidos, que los veían como "autonomistas".

Por otra parte, además de constituirse en una oportunidad, la integración es hoy en día un imperativo, dado que las tendencias de la economía mundial muestran cla-

ramente cómo se van estructurando grandes bloques de poder, de los que vamos quedando sistemáticamente excluidos. Cada vez son más claras y sólidas las relaciones económicas y comerciales norte-norte, entre los propios países altamente industrializados, y esto le va restando espacios a la participación de los países del sur en el comercio mundial.

Sólo la consolidación de un gran espacio latinoamericano puede sustituir las pérdidas que estamos acumulando en esos niveles. Pero no se puede ser ilusos en estas materias. Resultará sumamente difícil y trabajoso lograr dicha meta. Son muchas y muy complejas las diferencias existentes entre nuestros países, como para suponer que con la pura voluntad política se pueda avanzar rápidamente hacia el deseado mercado común latinoamericano.

Por ello, puede resultar muy productivo avanzar por la vía de acuerdos parciales o subregionales, del modo en que se viene haciendo –por ejemplo– en el marco del denominado Mercosur (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay). Del mismo modo, conviene seguir muy atentamente los procesos de integración extrarregionales que algunos países latinoamericanos vienen intentando consolidar, como es el caso de México en el marco del Tratado de Integración de América del Norte (NAFTA) y de Chile, en su particular estrategia de integración al conjunto de la economía mundial, y en particular con el Área del Pacífico.

Este tipo de experiencias no tiene por qué ser contrario a la integración latinoamericana, sino que puede colaborar sustancialmente al respecto y debería ser analizado seriamente.

OPORTUNIDADES Y DESAFÍOS PARA LA JUVENTUD

Por todo lo dicho, parece razonable afirmar que estamos ante un gran desafío para los jóvenes del continente: la oportunidad de poder construir sociedades más justas y donde los jóvenes sean valorados como corresponde. No se trata de una afirmación antojadiza, ni de un voluntarismo intelectual o político. Se trata, esencialmente, de una constatación muy elemental: la modernización de América Latina requiere imprescindiblemente savia nueva. Eso que jamás podrán brindar los elencos dirigentes gerontocratizados que en muchos casos dirigen hoy los destinos de nuestros países.

Pobreza, juventud y desarrollo en la óptica del Banco Interamericano de Desarrollo

"La superación de la pobreza dependerá también de las oportunidades que se otorguen a los jóvenes. La marginalidad de un amplio contingente de jóvenes de la región, que no están incorporados al sistema educacional ni al mercado de trabajo, no sólo representa un grave problema social, sino que implica el desaprovechamiento de la mayor riqueza que tiene un país, que son sus jóvenes.

La solución al problema de la pobreza de las generaciones futuras, depende de que se preste atención adecuada y conveniente a las necesidades de la juventud de hoy en materia de nutrición, salud y educación, lo que permitirá incorporarla al proceso de desarrollo económico y social y al adelanto cultural de la sociedad.

De este modo, se estará fortaleciendo, paralelamente, la base de capital humano de los países de la región, elemento indispensable para alcanzar un crecimiento sostenido."

Banco Interamericano de Desarrollo,
"Informe sobre el Octavo Aumento General de los
Recursos", Washington, 1994.

Necesitamos hombres y mujeres dispuestos realmente al cambio, capaces de lidiar con las nuevas tecnologías, sin ataduras inconducentes con el pasado, sin la contaminación con los tristes flagelos que hoy atraviesan a nuestros países, como la corrupción o la resignación, por mencionar –en los extremos– sólo dos de ellos. Nadie como los jóvenes, puede ofrecer su entrega generosa y una dedicación eficiente a una causa tan noble y tan relevante como el desarrollo equitativo de nuestras sociedades, en el marco de una efectiva integración regional.

Como sabemos, esa sociedad más justa y más humana, será una sociedad totalmente informatizada, basada en el poder del conocimiento y de la información. Allí están las reflexiones de Alvin Toffler y otros futurólogos como él, demostrando esto con lujo de detalles. Y aunque esto no les guste a los empresarios y trabajadores, que no están en condiciones de reciclarse, lo cierto es que ésta es una gran oportunidad para los jóvenes, que pueden lidiar con las nuevas tecnologías, sin dificultades.

Esa sociedad más justa y más humana, será una sociedad basada en la eficiencia, pero una eficiencia respetuosa y compatible con la vigencia plena de principios éticos insoslayables. Allí están las contribuciones de Steven Covey y otros como él, para demostrarnos que la verdadera alternativa a la dependencia –en todos los planos– es la interdependencia y no tanto o no sólo la independencia. No sigamos suponiendo que la eficiencia es un valor que sólo tiene sentido en el marco

de los postulados "neoliberales", porque de lo contrario jamás veremos nuestros sueños hechos realidad.

Esa sociedad más justa y más humana requiere empresarios modernos, políticos modernos, trabajadores modernos, intelectuales modernos. Posiblemente muchos de los actuales puedan "modernizarse", pero no será suficiente. Necesitamos que muchos otros, más jóvenes y dinámicos, dispuestos a arriesgar y a conquistar los espacios que legítimamente merecen, se capaciten adecuadamente, conscientes del desafío que tienen delante.

Lo dicho nos lleva a una reflexión final de gran relevancia, vinculada con la democracia, que como todos sabemos, es y debe ser mucho más que el simple ejercicio del derecho a elegir nuestros gobernantes cada determinado período de tiempo. Muchas han sido las voces que se han levantado para afirmar estas verdades con la fuerza que corresponde, desde intelectuales de la talla de Alain Touraine hasta líderes populares de la talla de Rigoberta Menchú, por citar sólo algunos nombres relevantes al respecto.

No podemos suponer que nuestras instituciones democráticas son sólidas y eficaces, si al mismo tiempo seguimos teniendo porcentajes tan elevados de pobreza, o si nuestros jóvenes no pueden ejercer debidamente su derecho a una educación de calidad, o si no somos capaces de asegurar trabajo a todos aquellos dispuestos a brindar su esfuerzo en el campo productivo, por citar sólo algunas de las flagrantes limitaciones existentes en estas materias.

Pero la democracia no es sólo un conjunto de derechos. Es también un conjunto amplio y sumamente relevante de deberes y responsabilidades, que todos los ciudadanos deben asumir resueltamente. Y ustedes como jóvenes, son parte de ese conjunto de ciudadanos, que deben exigir pero a la vez comprometerse con la consolidación democrática y con el desarrollo equitativo.

El ejercicio de este tipo de derechos y deberes, además, es una tarea permanente, que tiene vigencia en todas las dimensiones de nuestra vida cotidiana. Hay que practicarla en la familia, en el grupo de amigos, en la escuela y en el trabajo, en la comunidad en la que vivimos y en el contexto de las campañas públicas que en relación a muy diversas "causas" se desarrollan continuamente en todos nuestros países. Y allí siempre están los jóvenes, diciendo "presente" cuando se los convoca seriamente.

Y esto tampoco es un capricho personal o una utopía inalcanzable. Son muchos los ejemplos que demuestran la pertinencia de este tipo de enfoques y la riqueza de los aportes de los jóvenes, cuando éstos cuentan con espacios efectivos para participar en el ejercicio de sus derechos. Allí están –entre otros– las campañas de "transparencia electoral", las campañas en defensa de los derechos humanos y los programas de protección del medio ambiente, protagonizados claramente por jóvenes en muy diversos contextos nacionales, como evidencia de lo que estamos diciendo.

EL DEBATE PENDIENTE

Nuestros países se deben un gran debate sobre los jóvenes. La exclusión juvenil de la que escuetamente hablamos hace algunos momentos, no es solamente una gran injusticia con un sector relevante de nuestras sociedades. Es, ante todo, un handicap muy grande de nuestras democracias. Superar dicha exclusión debería ser entonces, una consigna central de las nuevas estrategias de desarrollo, y para que ello sea posible, habrá que superar la aceptación social de dicha exclusión. En esto, muchos sectores sociales son necesarios, pero ustedes son imprescindibles.

Junto a muchos otros jóvenes también dispuestos a intentarlo, podrían demostrar –con hechos y propuestas concretas– que los jóvenes pueden contribuir decididamente con el desarrollo de dichos procesos, a través por ejemplo, de experiencias de voluntariado juvenil, participando en la implementación de programas de combate a la pobreza y de desarrollo social en general, del estilo de los que les han permitido a ustedes acumular las ricas experiencias con las que cuentan.

Por ello, es preciso ampliar sustancialmente dichas experiencias, para lograr impactos visibles y relevantes. Tenemos en estas materias un enorme y muy atractivo desafío. Resulta imprescindible demostrar que existen alternativas, y que éstas no son ni "mágicas" ni atributo exclusivo de un conjunto reducido de "elegidos", actuando en un momento determinado, sino una responsabilidad cotidiana de todos, en todas partes.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: "La Integración Regional en América Latina", en Revista *Síntesis*, N° 24, Madrid, 1995.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID)/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): *Reforma Social y Pobreza: Hacia una Agenda Integrada de Desarrollo*, Washington, 1993.
- Banco Mundial: "El Mundo del Trabajo en una Economía Integrada", Informe sobre el Desarrollo Mundial, Washington, 1995.
- Cáceres, G. y Contardo, H. (comps.): *Recursos Humanos para el Desarrollo con Equidad*, Santiago, MTPS, 1996.
- Carnoy, M. y Moura Castro, C.: "¿Qué Rumbo debe tomar el Mejoramiento de la Educación en América Latina?", Seminario sobre Reforma Educativa, Buenos Aires, 1996.

- CEPAL: *Juventud Rural, Modernidad y Democracia en América Latina*, Santiago, CEPAL-UNICEF-OIJ, 1996.
- *Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe en 1996*, Santiago, 1996.
- *Panorama Social de América Latina 1995*, Santiago, 1996.
- *Focalización y Pobreza en América Latina*, Santiago, 1995.
- *Equidad y Transformación Productiva: un enfoque integrado*, Santiago, 1992.
- CEPAL/UNESCO: *Educación y Conocimiento: Eje de la Transformación Productiva con Equidad*, Santiago, 1992.
- Covey, S.: *Los Siete Hábitos de la Gente Eficaz: la Revolución Ética en la Vida Cotidiana y en la Empresa*, Buenos Aires, 1992.
- Gallart, M. A. (comp.): *La Formación para el Trabajo en el Final de Siglo: entre la Reconversión Productiva y la Exclusión Social*, Buenos Aires, 1996.
- INJ/OIJ: *Conferencia Iberoamericana sobre Juventud, Pobreza y Desarrollo Social*, Santiago, Instituto Nacional de la Juventud, 1995.
- Konterlnik, I. y Jacinto, C. (comps.): *Adolescencia, Pobreza, Educación y Trabajo*, Buenos Aires, Lozada-UNICEF, 1996.
- Medina, A. y Valdéz, A. (comps.): *Ni Adaptados ni Desadaptados... Sólo Jóvenes*, Santiago, PIIE-INJ, 1995.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT): *El Empleo en el Mundo 1996/97: Las Políticas Nacionales en la Era de la Mundialización*, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo, 1996.
- *El Desafío del Empleo en América Latina y el Caribe*, Lima, Oficina Regional de la OIT para América Latina y el Caribe, 1995.
- Organización Panamericana de la Salud (OPS)/Organización Mundial de la Salud (OMS): *La Salud del Adolescente y el Joven en las Américas*, Washington, 1995.
- Pérez Islas, J. A. y Maldonado, E. P.: *Jóvenes: Una Evaluación del Conocimiento. La Investigación sobre Juventud en México 1986-1996*, México, Causa Joven, 1996.
- PNUD: *Informe sobre el Desarrollo Humano 1992*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.
- Razcinski, D.: *Estrategias para Combatir la Pobreza en América Latina: Programas, Instituciones y Recursos*, Santiago, CIEPLAN/BID, 1995.
- Rifkin, J.: *El Fin del Trabajo. Nuevas Tecnologías contra Puestos de Trabajo: el Nacimiento de una Nueva Era*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Rodríguez, E.: *Los Jóvenes y la Violencia Urbana en América Latina y el Caribe: Dimensiones y Particularidades de un Fenómeno Complejo y Desgarrador*, Caracas, UNESCO, 1996a.
- *Investigaciones y Políticas de Juventud en América Latina: Interrelaciones y Desafíos*, México, Causa Joven, 1996b.

- *Promoción de la Participación de los Jóvenes en los Procesos de Desarrollo de Fin de Siglo en América Latina y el Caribe: Algunas Propuestas para la Acción*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo, 1995a.
 - *Juventud y Medios de Comunicación en América Latina: Riesgos, Potencialidades y Desafíos*, Caracas, UNESCO, 1995b.
 - *Capacitación y Empleo de Jóvenes en América Latina: Oportunidades y Desafíos*, Montevideo, CINTERFOR/OIT-OIJ, 1994.
- Rodríguez, E. y Dabezies, B.: "Primer Informe sobre la Juventud de América Latina 1990", Conferencia Iberoamericana de Juventud, Quito/Madrid, 1991.
- Toffler, A.: *El Cambio del Poder: Conocimientos, Bienestar y Violencia en el umbral del Siglo XXI*, Barcelona, 1990.
- Touraine, A.: *Crítica de la Modernidad*, Montevideo, 1995.
- *¿Qué es la Democracia?*, Montevideo, 1995.
- UNESCO: *Informe Mundial sobre la Educación 1995*, París, 1995.